

El Congreso de Sevilla, el Congreso de la Juventud

Haber decidido que mi paso por el mundo laboral haya sido una dedicación a la educación especial de los niños sordomudos, fue carente de todo mérito. No fue una decisión. El destino, que a cada uno reserva un particular proyecto de trabajo, hizo que en el año 1963, fortuitamente, y desde un pueblecito –el último con el límite de Ciudad Real– de la provincia de Córdoba, recién terminados los estudios de Magisterio, me llevara a un viejo caserón, en la calle San Mateo, de Madrid. Allí estaba ubicado el Colegio Nacional de Sordomudos.

Dos años después, y con el propósito de realizar los estudios que conferían el título de Profesor Especial de Sordomudos, siendo el colegio de Madrid el único autorizado por el Ministerio de Educación Nacional para impartir aquella habilitación, llegó de Sevilla una joven, alta, delgada, agraciada y con ese acento –«m'entiendes tú»– sureño tan cautivador. Rosario García Molina –Chari– fue nuestra amiga desde el primer día.

Compañeros veteranos lidiaban una incipiente asociación que agrupaba a los escasos dos centenares de profesores de sordos de España. A aquella asociación, la AEES (Asociación Española de Educadores de Sordos), nos vinculamos desde el primer momento Chari y yo. Algo debieron notar nuestros directivos ya que desde el primer momento nos ofrecieron ocupar puestos de responsabilidad en el órgano rector de la asociación. Chari y yo aceptamos.

Han transcurrido cuarenta años, ocupo la presidencia nacional de la Federación Española de Profesores de Audición y Lenguaje –en este congreso tendré el relevo– y Chari es la máxima representación, en Sevilla, de esta institución.

No procede el relato de estos cuarenta años, pues el cúmulo de actividades, todas ellas relacionadas con los profesores de sordos, con las familias de los niños sordos e incluso con ellos mismos es ciertamente abundante.

Significar que este año del 2004 para Chari y para mí es el último de nuestra vida laboral «oficial». Llegó el momento de nuestra jubilación. Y era necesario que este acontecimiento fuera para los dos motivado por algún acto representativo de la trayectoria educativa que hemos tenido: La celebración del XVI Congreso Nacional de la FEPAL.

Un congreso reúne a cuantos especialistas de una profesión desean congregarse para exponer, debatir, acordar o emprender acciones, todas relacionadas con su

profesión. Se invita a las autoridades más destacadas en la materia, para que señalen los últimos conocimientos, la vanguardia del saber de la profesión.

Acudimos los deseosos de aprender; los que realmente aman su profesión y los que quieren conocer a otros compañeros y compartir con ellos afanes, ilusiones e incluso proyectos de trabajo. Es el marco ideal para nuevos aprendizajes y para desarrollar las relaciones entre iguales.

Chari, en Sevilla, asume liderar a un equipo que organice nuestro congreso. Este, como hemos dicho, es el número XVI de los celebrados hasta ahora por la FEPAL. Los inconvenientes se acumulan, la financiación –elevada– asusta y la respuesta de los posibles congresistas asistentes no se atisba halagüeña, dados los esfuerzos que supone asistir al congreso. La realidad impone sus tributos.

Nada arredra, por el contrario se eleva el listón de pretensiones: invitaremos a los representantes de Portugal, Italia y Francia para constituir un grupo latino de estudio para la mejor atención escolar de los alumnos sordomudos.

Y se produce lo inesperado: más de cuatrocientos asistentes han solicitado la inscripción en el congreso; de ellos, el noventa por ciento jóvenes promesas. ¡Qué gusto ver el aula magna repleta de juventud! Si hubiéramos de calificar a este congreso, sin ninguna duda debería llevar ese nombre: El de los profesores jóvenes.

No hay miedo Chari; el congreso fue un éxito en todos los sentidos. Nos podemos jubilar con júbilo. Sevilla dará continuidad a las inquietudes de perfeccionamiento y compañerismo a nuestra Asociación.

ANTONIO CECILIA TEJEDOR
Presidente de FEPAL